

We Purify in Hope
April 14, 2024
3rd Sunday of Easter

1 John 3: 1-7
Luke 24: 36b-48
Rev. Anne Schlesinger

Almost every day I spend some time at my desk near a window that looks out on the parsonage's back yard. It seems like the leaves on the oak tree get bigger and more lush by the minute. I can almost watch them growing. I'm not much of a gardener, but I have been watching flowers blooming all over the neighborhood. Creation is awakening! The world that God so loved needs our care.

Discipleship Ministries has been focusing on Creation Justice this season, and they have provided several resources that help us focus on that. Today as we talk about purification in hope, it is good to remember that we are connected to each other, to all of humanity, and to all of creation. Today's text reminds us we should be called the children of God because that is what we are. Behold the manner of love we have received! That reminds us that because we have received God's love, we should spread that love and engage in loving action. Perhaps purifying ourselves in hope is in some ways related to the care and hope we give out environment. Our hope is connected to the relationships we have with God and creation.

Scholars have not identified the author of John's Epistles other than someone who identified himself as "the elder." This elder seems to be telling us that if we are to truly be God's children, we have to live up to a seemingly impossible standard set by our Redeemer. "Every person who remains in relationship to him does not sin. Any person who sins has not seen him or known him," (1 John 3:6). That's a scary thought, considering what we heard last week. "If we claim, 'We don't have any sin,' we deceive ourselves and the truth is not in us," (1 John 1:8). How do we balance these seemingly disparate situations—If we are abiding in Christ we are without sin, but if we claim to be without sin, we are lying.

We are talking about grace. Most of you have heard all this all before, but it is never a mistake to talk about God's grace! We are God's children because God calls us that. Not only does God *call* us God's children, but God *makes* us God's children. As imperfect humans, we are all prone to sin, but God is always active in our lives. When we abide in Christ Jesus, we are forgiven those sins and made clean. Of course, we have to beware of the pitfalls of what others have named "cheap grace." Cheap grace is the notion that it doesn't matter if we continue to live lives of sin, sometimes even purposefully sinning, just because we know that Christ has already paid the price. That is merely using one of God's perfect gifts as license to sin. The Epistle is arguing against that license.

God's gifts are gifts of love and all of God's gifts are called grace. Salvation is not some goal we set out to achieve. We are not saved by reciting a particular "Sinner's Prayer" and then telling someone that we accept Christ as our Lord and Savior. Salvation is grace that comes from God's love, and there is nothing we can do to earn it. The Wesleyan concept of grace comes in three parts, all active throughout our journey of faith.

We awake to grace through what Wesley called prevenient grace—the grace that comes before we are even aware of it. Many of you have already heard my story. Many years ago I was a lost and scared young woman who didn't know how to help myself or

how to find someone to help me. Perhaps that's not entirely true, because what I did was exactly the right thing—I started to pray for help. And, as I like to say, Jesus was right there waiting for me to call to him. To be clear, prayer is not what saved me. Prayer introduced me to who saved me. My turning to prayer was an example of prevenient grace, which opens us up to hear and respond to the Gospel of Jesus Christ. It opens us to know we are beloved.

What saves us all is justifying grace; the grace of God's loving actions in creation, on the cross, in the resurrection, and in all the ways God has been and is blessing us. In his sermon, "The Scripture Way of Salvation," John Wesley wrote, "Justification is another word for pardon. It is the forgiveness of all our sins; and... our acceptance with God."¹ Salvation has been done *for* us, not *by* us. We are all invited to accept God's grace, but we also have the opportunity to turn from it. Once we accept God's grace and learn—really know— how beloved we are, we are led to repentance. Repentance is turning from the life we were living to a life centered on God. We want to do better because of God's love.

Sanctifying grace is what makes us holy; that is becoming what God created us to be. We become sanctified when we are shaped into the likeness of Christ, or, as Paul says in Romans 12, we are "transformed by the renewing of [our] minds so that [we] can figure out what God's will is—what is good and pleasing and mature." Though we cannot truthfully claim to be without sin, with God's help we can be going on to perfection, doing what we know to be righteous, following in the footsteps of Christ.

That's what this season of Easter is about—renewal as well as resurrection. We go out in joy in a new reality, with new vitality because of God's grace in creation, in Christ and in us.

Thanks be to God.

¹ John Wesley. "The Scripture Way of Salvation." Source: <http://wesley.nnu.edu/john-wesley/the-sermons-of-john-wesley-1872-edition/sermon-43-the-scripture-way-of-salvation/>

Nos purificamos en esperanza
14 de abril de 2024
Tercer domingo de Pascua

1 Juan 3: 1-7
Lucas 24: 36b-48
Rev. Anne Schlesinger

Casi todos los días paso un rato en mi escritorio cerca de una ventana que da al patio trasero de la casa parroquial. Parece que las hojas del roble se hacen más grandes y exuberantes minuto a minuto. Casi puedo verlos crecer. No soy un gran jardinero, pero he estado observando flores florecer por todo el vecindario. ¡La creación está despertando! El mundo que tanto amó Dios necesita nuestro cuidado.

Los Ministerios de Discipulado se han centrado en la Justicia de la Creación esta temporada y han proporcionado varios recursos que nos ayudan a centrarnos en eso. Hoy, cuando hablamos de la purificación en la esperanza, es bueno recordar que estamos conectados entre nosotros, con toda la humanidad y con toda la creación. El texto de hoy nos recuerda que debemos ser llamados hijos de Dios porque eso es lo que somos. ¡Mira la manera de amor que hemos recibido! Eso nos recuerda que debido a que hemos recibido el amor de Dios, debemos difundir ese amor y participar en acciones amorosas. Quizás purificarnos en la esperanza esté relacionado de alguna manera con el cuidado y la esperanza que brindamos al medio ambiente. Nuestra esperanza está conectada a las relaciones que tenemos con Dios y la creación.

Los eruditos no han identificado al autor de las Epístolas de Juan más que a alguien que se identificó a sí mismo como "el anciano". Este anciano parece estar diciéndonos que si realmente queremos ser hijos de Dios, tenemos que vivir de acuerdo con un estándar aparentemente imposible establecido por nuestro Redentor. "Todo aquel que permanece en relación con él no peca. Cualquiera que peca no lo ha visto ni conocido" (1 Juan 3:6). Es un pensamiento aterrador, considerando lo que escuchamos la semana pasada. "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros" (1 Juan 1:8). ¿Cómo equilibramos estas situaciones aparentemente dispares? Si permanecemos en Cristo, estamos sin pecado, pero si afirmamos estar sin pecado, estamos mintiendo.

Estamos hablando de la gracia. La mayoría de ustedes han escuchado todo esto antes, ¡pero nunca es un error hablar de la gracia de Dios! Somos hijos de Dios porque Dios nos llama así. Dios no sólo nos llama hijos de Dios, sino que Dios nos hace hijos de Dios. Como seres humanos imperfectos, todos somos propensos al pecado, pero Dios siempre está activo en nuestras vidas. Cuando permanecemos en Cristo Jesús, se nos perdonan esos pecados y somos limpios. Por supuesto, debemos tener cuidado con los peligros de lo que otros han llamado "gracia barata". La gracia barata es la noción de que no importa si continuamos viviendo una vida de pecado, a veces incluso pecando intencionalmente, sólo porque sabemos que Cristo ya pagó el precio. Eso es simplemente usar uno de los dones perfectos de Dios como licencia para pecar. La Epístola argumenta en contra de esa licencia.

Los dones de Dios son dones de amor y todos los dones de Dios se llaman gracia. La salvación no es una meta que nos propusimos alcanzar. No somos salvos recitando una "oración del pecador" en particular y luego diciéndole a alguien que aceptamos a Cristo como nuestro Señor y Salvador. La salvación es gracia que proviene del amor de Dios y no hay nada que podamos hacer para ganarla. El concepto wesleyano de gracia se divide en tres partes, todas activas a lo largo de nuestro camino de fe.

Despertamos a la gracia a través de lo que Wesley llamó gracia preveniente: la gracia que llega incluso antes de que seamos conscientes de ella. Muchos de ustedes ya han escuchado mi historia. Hace muchos años yo era una joven perdida y asustada que no sabía cómo ayudarme a mí misma ni cómo encontrar a alguien que me ayudara. Quizás eso no sea del todo cierto, porque lo que hice fue exactamente lo correcto: comencé a orar pidiendo ayuda. Y, como me gusta decir, Jesús estaba allí esperando que yo lo llamara. Para ser claro, la oración no es lo que me salvó. La oración me presentó a quién me salvó. Mi recurrir a la oración fue un ejemplo de gracia preveniente, que nos abre para escuchar y responder al Evangelio de Jesucristo. Nos abre a saber que somos amados.

Lo que nos salva a todos es la gracia justificadora; la gracia de las acciones amorosas de Dios en la creación, en la cruz, en la resurrección y en todas las formas en que Dios nos ha estado bendiciendo y nos está bendiciendo. En su sermón, “El camino bíblico de la salvación”, John Wesley escribió: “Justificación es otra palabra para perdón. Es el perdón de todos nuestros pecados; y... nuestra aceptación ante Dios”. La salvación ha sido hecha por nosotros, no por nosotros. Todos estamos invitados a aceptar la gracia de Dios, pero también tenemos la oportunidad de alejarnos de ella. Una vez que aceptamos la gracia de Dios y aprendemos (realmente sabemos) cuán amados somos, somos llevados al arrepentimiento. El arrepentimiento es pasar de la vida que estábamos viviendo a una vida centrada en Dios. Queremos hacerlo mejor gracias al amor de Dios.

La gracia santificante es lo que nos hace santos; eso es llegar a ser aquello para lo que Dios nos creó. Llegamos a ser santificados cuando somos moldeados a la semejanza de Cristo, o, como dice Pablo en Romanos 12, somos “transformados por la renovación de [nuestra] mente para que [podamos] descubrir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno. y agradable y madura”. Aunque sinceramente no podemos afirmar que estamos libres de pecado, con la ayuda de Dios podemos avanzar hacia la perfección, hacer lo que sabemos que es justo y seguir los pasos de Cristo.

De eso se trata esta temporada de Pascua: tanto de renovación como de resurrección. Salimos con alegría a una nueva realidad, con nueva vitalidad gracias a la gracia de Dios en la creación, en Cristo y en nosotros.

Gracias a Dios.